

# Colección DIVA

Número 28 – Setiembre de 2001

Dirección: Silvia Elena Tendlarz ([stendlarz@pccp.com.ar](mailto:stendlarz@pccp.com.ar))  
Comité de redacción: Marcela Giandinotto y Maritza Reynoso

## LOS SUJETOS LLAMADOS "DESECHABLES"

MARIO ELKIN RAMÍREZ

*Mario Elkin Ramírez es psicoanalista en Medellín (Colombia), miembro de la Nueva Escuela Lacaniana. Ejerce como profesor en la Universidad de Antioquía (Colombia). El presente texto es un extracto de su último libro titulado Aporías de la cultura contemporánea (ed. Universidad de Antioquía, Colombia, 2000).*

Según Lacan, el axioma del capitalismo es "la producción extensiva, entonces insaciable, de la falta de goce."<sup>1</sup> En esa perspectiva, toda mercancía producida en este sistema no puede ser más que un objeto efímero, ya caduco en el momento de su adquisición, y destinado esencialmente a ser reemplazado por un nuevo objeto más prometedor, y así sucesivamente. Por consiguiente, todo objeto puesto en circulación en el mercado, lleva consigo una vocación de desecho.

La plusvalía, el "más de valor" producido por el capitalismo, es inversamente proporcional a la minusvalía, a la depreciación infligida al consumidor. Es así como el consumidor se encuentra sometido a la presión constante y siempre más exigente de un empuje-a-gozar, cuyo acceso se oculta en la medida en que se muestra más próximo de la satisfacción.

Un sistema así no puede sino extender el consumo cada vez más y, en consecuencia, acrecentar cada vez más la exigencia de goce, "justamente-como dice Lacan- a partir de su inaptitud para producir un goce que pueda disminuir."<sup>2</sup> Así, está asegurado que el capitalismo produzca cada vez más objetos con los que se acrecienta el empuje a gozar, empuje insaciable de objetos de satisfacción imposible de ser colmado, empuje que produce cada vez más falta de goce.

En esa carrera, en ese círculo infernal, cada mercancía se vuelve desecho desde el momento de su adquisición. Desechable, es pues, un término creado por el discurso capitalista, para designar una mercancía que luego de ser utilizada pierde tanto su valor de uso como de cambio; generalmente ésta deviene desechable, resto inutilizable, basura, en el momento mismo del consumo.

Pero lo que nos suscita la reflexión es que, en algún desafortunado instante,

---

<sup>1</sup> Jacques Lacan, *Radiophonie*, in *Scilicet* 2/3, París, Seuil, 1970 pp. 86-87.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p.87.

la ciudad de Medellín bautizó a algunos sujetos como "desechables". Es claro que en la medida en que el hombre también ofrece su fuerza de trabajo a título de mercancía, esta pueda, por el axioma capitalista, volverse caduca en un momento dado. Pero, más allá de esto, el término se aplica en nuestra ciudad y en el país no para designar el hecho de que un sujeto, por ejemplo, se jubile, sino, para nombrar al ser de algunos sujetos sobre quienes recae la connotación de lo que ha devenido inservible, lo que debe ser desechado, lo que ha de ser tratado como basura, con todo el sentido de desprecio e insulto que este término lleva implícito.

La condición de resto del capitalismo que impone la palabra desechable marca un destino particular cuando designa a un sujeto. Es decir, ella designa otra forma de la segregación humana, consecuencia de lo que Freud dilucidó como la pulsión de muerte que habita en el corazón de todo hombre. Y en tanto la designación de desechable nombra un real, un sufrimiento, entonces el psicoanálisis puede presentar una explicación.

Se trata de una reedición de la segregación contemporánea, un producto ciudadano: desde los *clochards* parisinos, pasando por los *gamines* e *indigentes* del tercer mundo hasta nuestros *desechables*. Todos ellos se encuentran en lugares "públicos", es decir, en espacios ciudadanos que siendo de todos, no son de nadie en particular. Ellos están refugiados en esta arquitectura *anónima*, bajo un puente, en una acera o en un parque. En las noches, la ciudad les pertenece y cuando tienen dinero pasan la noche sobre veinte baldosas bajo techo, en un hotel de desechables, junto a otros sujetos bautizados de igual modo: ladrones, prostitutas, locos, vagabundos, prófugos, drogadictos o mendigos.

En la historia particular de cada uno de estos sujetos es frecuente el desprendimiento del Otro, a partir de lo cual se ven lanzados a la calle; es común a estos sujetos el abandono afectivo, el fracaso profesional, los problemas familiares, la muerte de personas de las cuales dependían, la declinación radical de los ideales, la infracción de la ley; es decir, la *separación* brutal de los semejantes. Pero, sobre todo, la ausencia de respuesta del Otro. Por tanto, la constante es la falta de una palabra o de un apoyo oportuno, y entonces el sujeto cae del Otro. Luego, por rebeldía o resentimiento, el sujeto asume la gaminería: "Yo estoy aquí porque los hijos que tuve son unos chandosos"<sup>3</sup> dice uno. "En mi casa somos un descarrilado y una descarrilada, yo soy la descarrilada. Mi cucho me echó de la casa (...) y yo me abrí y después dicen que uno es el que los hace sufrir."<sup>4</sup> Otros se van de la casa "porque les pegaban mucho", y otros por una mezcla de asfixia económica, miedo, osadía y los maltratos de los padres<sup>5</sup>.

Luego de que un joven o un niño, un hombre o una mujer, se encuentra en la calle, aunque conserva el nombre propio, pierde su "identidad"; es decir, el lugar en la red simbólica que lo inscribía en lo social. Se trata, pues, de una *destitución de la persona*, si se me permite la expresión, destitución del lugar que tenía como miembro de una familia, del lugar de ciudadano con derechos y deberes, con un espacio en el barrio, en la escuela, en el trabajo y en las distintas instituciones tales como el ejército, la iglesia, el partido político. Esta

---

<sup>3</sup> Carlos Sánchez Ocampo *El contrasueño: Historias de la vida desechable*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1997, p. 71.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 68.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 81.

caída del Otro hace que el sujeto se encuentre separado de toda referencia institucional, sin nada que argüir como "persona"; es decir, sin una instancia social que le permita consolidar su identidad: "a mí el nombre para lo único que me sirve es para que me den cana"<sup>6</sup>, dice uno de ellos por ejemplo.

Perder el nombre, en este sentido, es perder un significante que lo representaba para otros significantes; el nombre propio se vuelve en contra del sujeto cuando se asocia a significantes persecutorios o susceptibles de representar el sujeto como objeto de la agresividad del otro: yo soy Vélez, Escobar, Rodríguez, Zuluaga, etc. Pero Vélez no es un apellido sino una enfermedad y yo nací con ella. Yo fui el más inteligente, el más sano, el más precoz, el más apto de mi casa, dotado con una glándula genital insuperable, pero mis padres no me supieron entender.<sup>7</sup>

El nombre propio, entonces, marca algo también para estos sujetos, es una buena definición de un neurótico: aquel cuyo apellido es una enfermedad, por cuanto es la traza del deseo materno unido a la ley paterna. Es decir, aquel que pudiera definirse como el síntoma de la pareja de sus padres de la que porta el apellido.

Sin embargo, lo que se verifica es un efecto de destitución de la persona más no del sujeto, por cuanto éste continúa en el lenguaje aunque se haya producido un cambio en su posición con respecto a los ideales sociales y a la ley. Pasar de ser el más a ser el menos es una mutación en la posición subjetiva; es claro que en términos del ideal social el más representa inteligencia, salud y precocidad, y todo ello está cifrado en términos fálicos, de allí el orgullo por su insuperable glándula genital. Es decir, el sujeto se muestra como alguien que vale en el discurso de sus padres. El Nombre-del-Padre regula la relación del sujeto con el goce del ideal y del falo como castración. Eso es, que cuando la madre transmite al hijo el Nombre-del-Padre: la ley, la prohibición del incesto y del parricidio, esa inscripción regulará en adelante para el sujeto su forma de relacionarse con los demás, con las instituciones sociales e igualmente con su sexualidad, en términos de lo prohibido y lo permitido.

¿Y por qué este sujeto cae del ideal? Por la incompreensión de sus padres, dice él; es decir, por ser el síntoma del malentendido parental. Pero ser ese síntoma no implica obligatoriamente caer de sus ideales; luego entonces, algo de la particularidad del sujeto necesariamente incide allí; es evidente que la valencia fálica que el sujeto tiene para los padres cambia en estos casos para convertirse en otra cosa.

Lo singular es que el significante "desechable" inscribe algo en ellos, un estigma. La precaria economía de subsistencia de la mayoría de ellos consiste justamente en la recuperación de productos reciclables de las basuras; viven, o mejor, sobreviven de los desechos de la sociedad de consumo, y tal vez se les llamó así por una metonimia: desde su objeto de subsistencia hasta su ser o por una metáfora de su desahucio social.

Esto permite dos lecturas distintas del "desechable": o es una nominación peyorativa con la carga de agresividad de toda segregación o se trata de una nominación donde algunos sujetos, por oscuras razones, identifican su ser a

---

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 41.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 37.

ese significativo. Del mismo modo, hay que revisar en qué medida las políticas de su reinserción social se plantean como un reciclamiento.

Cuando un sujeto asume y se apropia del significativo "desechable", es visto como un "desecho del Otro"; se trata de una identidad de sustitución que no nos habla de una caída del sujeto desprendido del Otro simbólico, social, sino de un cambio de estatuto frente a sí mismo: el sujeto ya no encarna un ideal para la familia y la sociedad, sino que es su síntoma, aunque sin urgencia de resolución de este. Pero de manera más contundente se encuentra en la posición de un objeto que hace estorbo, que es indecoroso, sucio, embarazoso, objeto de agresividad para otros estratos sociales, a la vez que se convierte en presencia agresiva.

Algunos de ellos asumen este lugar como mártires: "En Colombia un desechable es un mártir, un Cristo moderno. Toda la sociedad se cree con derecho a abusar de él, todo el mundo lo menosprecia."<sup>8</sup> Esto ilustra una posición que comporta un carácter de víctima que señala, con su presencia incómoda, que la culpa es del Otro, produciendo así la división en el Otro social; pero también puede tratarse de cierto masoquismo, porque es en lo real donde son maltratados o asesinados. Estas son posiciones subjetivas que se deben poner en cuestión, pues se trata de actitudes muy particulares y definidas de un sujeto frente a los otros; esto en una especie de matriz de relaciones que siempre se repite, y que el sujeto construyó de manera contingente a partir de los significantes que recibió del Otro, de sus padres, de su entorno primero y con el que se configuró dicha posición. Alguno de ellos dice, por ejemplo, que sus cinco años en la calle "fueron un noviciado del sufrimiento, pero no de la tristeza."<sup>9</sup>

El tiempo al aire libre, veinte años o más para algunos, los inmuniza contra estímulos emocionales y de los sentidos; por eso, pueden dormir a la intemperie, sin sentir hambre, frío, ruido, soledad, desprecio, abandono o ignorancia de los otros; así se cubren con una caparazón, con una cierta rudeza, sobre todo hacia sí mismos. Hay que suponer en algunos un masoquismo moral, o por lo menos interrogar esa posición de sufrimiento o anestesia con respecto a lo que viene del Otro; alguno decía: "Yo resisto, y después cuando se calma el dolor, encuentro doble satisfacción."<sup>10</sup>

En algunos, su modo de vida es el vagabundeo, y esto hace eco a la errancia por la cadena significativa de los psicóticos, y es seguro que algunos de ellos lo son. Pues el psicoanálisis considera que la psicosis se articula a la carencia de un significativo primordial, a saber, el Nombre-del-Padre, que en ellos se halla forcluido, es decir, no inscrito, lo que tiene como consecuencia, entre otras, que en su cadena significativa no tiene lugares de anclaje, es como si estuviera en permanente fuga de ideas, a la deriva en el lenguaje.

Pero si esta posición en algunos indica simplemente el despojo social de la locura, que por falta de una política asistencial del Estado se abandona a los alienados en las calles, en otros sujetos es muy singular encontrar en la indigencia una posición filosófica, cuasi-delirante frente al mundo, uno de ellos dice: "el hambre es una necesidad física que los hombres han convertido en dolor psicológico, porque se han acostumbrado a darle mucho gusto a los

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 51.

<sup>9</sup> *Id.*

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 53-55.

apetitos. Por eso les duele tanto la pobreza"; otro dice: "Desafié el cuerpo creyendo que podía vivir en espíritu y pensamiento. Hasta perdí el sentido del hambre y de la mujer". El primero dice además: "A mí lo temporal no me llama mucho la atención, en cambio le concedo mucho valor al sufrimiento (...) me ha tocado burlarme de mi propio dolor. A veces lo convierto en dolor cínico o en dolor extravagante, pero no me dejo doblegar del dolor, ni de la tristeza (...) El otro ser, sea amigo o enemigo, vecino de al lado o más próximo es uno mismo...el bien y el mal no son más que intérpretes de la vida."<sup>11</sup>

El discurso social de este singular sujeto es bien paradójico: "No le tengo ni respeto ni admiración a los ricos. Los ricos comen desmedidamente y se creen Budas de la buena suerte, pero no son más que vejigas de gloria. Son muy desfavorecidos los ricos, no les tengo sino mucha consideración -dice que su filosofía le ha servido- para el desapego".<sup>12</sup>

El desapego es una constante, viven en una permanente separación del Otro y de sus valores, no les interesa el tiempo, la riqueza, la bondad, la maldad, la necesidad, la higiene y en general la posesión de bienes, sólo la sobrevivencia cotidiana. Es decir que es un desapego con límites; es patético que aún en esa condición, los gaminos, como cualquier ser humano, se aferran a la vida y diariamente hacen algo para permanecer en ella: "Oiga hermano, decía uno de ellos, conozco gaminos más apegados a la vida que cualquier millonario."<sup>13</sup> Pero en contraste con ese aferramiento a la vida su condición social de desecho hace que sean objeto de la arbitrariedad de otros que no respetan esa relación a la vida y los someten al maltrato, al encarcelamiento o al asesinato sin motivo alguno.

Su contacto cotidiano con objetos y cuasi-objetos que pasaron todas las pruebas del desahucio hasta ser botados, nombra algo en ellos: esperan en su efímera condición que algo de ellos sea recuperable, "reciclable", pero el contacto con la basura los transforma en alguna medida, pues terminan, en general, por identificarse con tales objetos. Quizá por esto, entre los ideales sociales que subvierten, en primer lugar está el de la limpieza, es lo que en principio violenta más al otro: su mal olor, del que la cultura nos aleja desde niños. Vetas de mugre recorren sus cuerpos y se apelmazan en su cabeza, se cubren a la vez con varios vestidos o con aceite de carros para protegerse del frío, no se desvisten para dormir y por supuesto no se miran al espejo.

Esto ya habla de una alteración de la imagen de sí, están distantes de los objetos para el aseo y de los anticuerpos que ofrece el mercado; pero de manera más esencial, esto permite interrogarnos por las reivindicaciones del narcisismo, ¿en qué deviene el narcisismo en ellos?, ¿es esta conducta una manera negativa de configurar un territorio imaginario? Un territorio que llevan consigo, ambulante, ¿se trata de un modo de forzar una distancia entre él y los otros, al modo del zorrillo? En todo caso, muchos semblantes sociales han caído en ellos.

Si las aspiraciones y semblantes sociales han caído en estos sujetos, cabe preguntarse: ¿qué les resta a aquellos que se colocan, o han sido colocados como resto social? En primer lugar, la droga es un elemento esencial de esta

---

<sup>11</sup> Ibid., p. 36.

<sup>12</sup> Id.

<sup>13</sup> Ibid., p. 64.

problemática, desde el sacol que inhalan hasta el bazuco; es el rey, el amo de los desahuciados. Hay que analizar su papel como "quitapesares" y como medio para evadir la realidad así como las posibilidades de solución a sus problemas.

En segundo lugar, en ellos queda al menos un reducto de imaginarios sociales, así sea una mínima creencia en Dios: "Dios está aquí, esta es su obra", o una concepción filosófica como la citada antes, o la esperanza de que un día cambiará su condición, que la actual es una caída de la que se van a levantar.

En tercer lugar, es difícil pensar en la rehabilitación de estos sujetos dada la pérdida de los ideales sociales que se inscribe en ellos y la gran independencia del otro que se acrecienta cada vez más. Alguno dice que los centros de rehabilitación crean otro vicio: el de la dependencia, "eso crea otro vicio, uno termina enviciado del hermano Manuel; o del hermano tal y yo no confío nada en esa gente, además la casa de rehabilitación uno la tiene por dentro."<sup>14</sup> A esto se suma el hecho de que la mayoría de estas personas no demandan rehabilitarse, ninguno cree que deba exigir nada, ni al gobierno, ni a nadie, no están en posición de demanda y eso complica las políticas de reinserción, porque las coloca en el lugar de la impotencia, por eso no demanda, se van de las casas de rehabilitación ante la más mínima norma, se sitúan por fuera de los sujetos de derecho. A muchos les gusta la calle, y vuelven a ella, hay un goce particular que los empuja a vivir allí: "Nos matará la mugre, porque de hambre no se muere nadie aquí (...) aquí el que se muere de hambre es porque no tiene estómago."<sup>15</sup> Muchos dicen que no quieren trabajar en nada, ni dejarse mandar de nadie. Les queda entonces la calle, y una idea de ser libres de los deberes y hasta de los derechos.

Finalmente les queda un vínculo social entre ellos mismos, se reúnen en grupo para emborracharse, consumir droga, comer y sobre todo para hablar y reírse. Hay resentimiento y rebeldía, en algunos, pero en otros nada de agresividad. A veces, forman verdaderas hordas nómadas, errantes por toda la ciudad.

En algunos casos, sobre todo en las niñas, pasan rápidamente de la gaminería a la prostitución, de una de ellas se decía que "ascendió de la vida desechable a la vida alegre (...) Tiene menos de veinte años y no volvió por aquí ni a saludar."<sup>16</sup> En otras es el recorrido contrario, si se zafaron de la vergüenza como una cáscara que tuvieron que botar, luego con el bazuco se pisotearon los últimos jirones de orgullo que podían tener y entonces ya no hubo nada raro para ellas; se instalaron en el abandono del cuerpo y del espíritu y se volvieron desechables.

Es una pérdida progresiva del sí mismo, un abandonarse, un no aferrarse a casi nada, son seres casi de estricta necesidad y de ningún deseo: "serena por fuera pero odiando por dentro", dice una de ellas. Allí es donde radica la dificultad para los programas de rehabilitación, pues ¿cuál podría ser la oferta para alguien que padece de una pobreza de deseo?, ¿podría la clínica del autismo dar luces al respecto?

Hay un déficit de narcisismo, pareciera que ninguno de ellos tiene

---

<sup>14</sup> Ibid., p.75.

<sup>15</sup> Ibid., p. 95.

<sup>16</sup> Id.

posibilidad de orgullo, éste se ha perdido completamente o ha sido relegado para poder sobrevivir en la vida desechable: "Me pongo a ver que un desechable es un man que perdió su instinto de superación, mejor dicho, que lo cambió por el de sobrevivencia."<sup>17</sup> Se reconocen, no obstante, tres fuerzas que los empujan a vivir: la indignancia, el bazuco y el instinto de conservación. Esto enfrenta a las instituciones a dos aporías mayores en la política de reinserción: el vicio y la desobediencia.

La primera aporía tiene que ver con los programas de rehabilitación de la drogadicción, los cuales acuden a terapias de reforzamiento de ideales, empujan a estos sujetos hacia el mistisismo, y esto tiene como límite en ellos la incredulidad de todo ideal. La segunda aporía es que son sujetos que difícilmente aceptarán alguna norma social, pues viven "libres" de ellas y pagan el precio por esa posición, ¿estarán dispuestos a renunciar a ésta? ¿se trata de una desobediencia pacífica?, ¿se trata de una agresividad pasiva?

No les interesan las promesas: despojados de todo deseo, de todo esfuerzo y de todo hábito, las palabras también pierden interés. Mientras que el bazuco es lo único que compran nuevo y sin rebajas, es lo que más se vende dice uno de ellos y se pregunta: "¿cómo sería de teso si hubiera que comprar también la ropa, la comida y hasta la dormida?".

Se trata, finalmente, de un fenómeno que es un efecto de residuo del empuje al goce, que en nuestra sociedad nos conduce a identificar en algunos sujetos el objeto (a) encarnado, y de ese modo el goce social, localizado, para tratar de tranquilizarse y encartarse menos con él. Es una nueva forma del malestar en la civilización, un síntoma social contemporáneo, una nueva aporía, tal vez el retrato más acabado de la condición del hombre bajo el discurso del capitalismo. Y en ese sentido, la incómoda idea de que en el fondo, debajo de la envoltura de los semblantes que nos dan los ideales sociales, todos somos desechables.

---

<sup>17</sup> Ibid., p. 95.

## Números mensuales aparecidos en la *Colección Diva*:

### 1998

- Nº 1 (julio): "Saber del feminismo", por Graciela Musachi.  
Nº 2 (julio): "Bibliografía de Jacques-Alain Miller en español", por Silvia Elena Tendlarz.  
Nº 3 (agosto): "La sexualidad femenina temprana", por Ernest Jones.  
Nº 4 (setiembre): "Introducción a la política lacaniana", por Jacques-Alain Miller.  
Nº 5 (octubre): "El ángel exterminador. Reflexiones actuales de política lacaniana", por Miquel Bassols.  
Nº 6 (noviembre): "Acerca de un motivo en la formación del superyó femenino", por Hans Sachs.  
Nº 7 (noviembre): "La epopeya de Lacan. Seminario de política lacaniana II", por Jacques-Alain Miller.  
Nº 8 (diciembre): "El modelo y la excepción", por Eric Laurent.

### 1999

- Nº 9 (marzo): "La relación entre fantasías de flagelación y un sueño diurno", por Ana Freud.  
Nº 10 (abril): "La experiencia del pase", por Germán García.  
Nº 11 (mayo): "Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina", por Maurice Bouvet.  
Nº 12 (junio): "El estadio fálico", por Ernest Jones.  
Nº 13 (julio): "Las dos frigideces de la mujer", por Marie Bonaparte.  
Nº 14 (agosto): "La metáfora universal", por Jules de Gaultier.  
Nº 15 (setiembre): "La ecuación simbólica muchacha = falo", por Otto Fenichel.

### 2000

- Nº 16 (marzo): "Reflexiones sobre el tratamiento de un caso de neurosis obsesiva", por Rudolf Loewenstein.  
Nº 17 (abril): "Una contribución al estudio de la sumisión extrema en la mujer", por Annie Reich.  
Nº 18 (mayo): "El superyó femenino", por Silvia Elena Tendlarz.  
Nº 19 (junio): "Vías de formación del superyó femenino y el complejo de castración en la mujer", por Edith Jacobson.  
Nº 20 (agosto): "El trasplante de órganos", por Marcelo Barros.  
Nº 21 (setiembre): "Los homicidios inmotivados", por Paul Guiraud.  
Nº 22 (octubre): "Análisis de un sueño singular", por Ella Sharpe.  
Nº 23 (noviembre): "La Mujer es uno de los nombre del padre o Cómo no malinterpretar las fórmulas de la sexuación de Lacan", por Slavoj Zizek.

### 2001

- Nº 24 (abril): "Extractos del Seminario de las Siete Sesiones" (setiembre-octubre de 1996), por Jacques-Alain Miller.  
Nº 25 (mayo): "Los efectos psíquicos de los tóxicos y de las sustancias toxoides", por Alfred Gross.  
Nº 26 (junio): "La locura de Joyce", por Sergio Laia.  
Nº 27 (agosto): "La feminidad entre la bondad y el acto", por Slavoj Zizek.